



Cuaderno
de Feldafing
ROLANDO
SÁNCHEZ MEJÍAS

Siruela

Rolando Sánchez Mejías

Cuaderno de Feldafing

PREMIO NACIONAL A LA MEJOR LABOR EDITORIAL
CULTURAL 2003

En cubierta: Fotografía de Ralph Gibson de su serie *Déjà-vu*, 1972.

© Foto: Ralph Gibson, Nueva York, 1999

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Rolando Sánchez Mejías, 2004

© Ediciones Siruela, S. A., 2004

ISBN: 84-7844-747-4

1

He visto gallinas: en el sendero paralelo a la vía férrea, en un patio, gallinas. Blancas, negras, pardas, volubles. Gallinas comarcales. Pero ni una sola vaca.

Hack, el administrador de la casa, me recibió fríamente. Cuando le di la mano y le dije con cierto entusiasmo: «¡He llegado!», su mano se escurrió rápida entre la mía.

2

Dice Musil que en Kakania había velocidad pero no excesiva. Kakania: caminos blancos, anchos y cómodos, con bifurcaciones en todas direcciones como canales regulados. En los 19,4 km de Feldafing no hay velocidad, a menos que uno la imponga. Pequeñas velocidades distribuidas a tu gusto. Cuesta arriba un leve jadeo, el corazón no estalla. Para cuidar de la salud nada mejor que subir dos o tres veces al día la pequeña loma desde la Bahnhofstrasse hasta la casa, dos o tres veces al día, sin perder el ritmo. No perder el ritmo, mantener el paso, como en el ejército, y la literatura. Decía Musil, que hacía gimnasia militar: «El melancólico evita las perspectivas distantes como si se tratara de la peste.

3

Incauto Escribonio. ¿Qué hacer contigo y con tus trazos? ¿Con tus pequeñas porciones de Naturaleza? Nada. No hay nada que hacer, es un problema de carácter. En términos de escritura, ¡hay que enfrentar la totalidad!

Te he visto deslizarte -sí, mi ojo no te deja en paz- del foro al campo y del campo al foro. ¿Buscas en el campo detalles de vasijas rotas? ¿Buscas en el foro retazos de palabras públicas que el viento se encarga de conjurar? ¡Y luego a los brazos de tus amantes, al parloteo impreciso del amor! ¡Qué manera de vivir es ésta, incauto Escribonio!

¿Dices, como Flaubert, que las cosas que has sentido con más fuerza se te presentan trasladadas a otros países y experimentadas por otras personas? ¡Terrible, terrible condena, que nada ni nadie necesitará de ti ni de tu escritura!

Vete a un convento. Clava tus rodillas en la tierra, como hago yo cada mañana y cada noche mientras espero que la luna asome su disco redondo o una nube negra su hocico peludo. A veces Z. viene y me tapa los hombros con una manta, otras se olvida, ¡es humana la antigua tarea de olvidar! Entonces amanezco helado, las rodillas un par de cascarones secos, la luz del sol colgando del ojo. Ese día no hay odas para Z. Le digo, mi dedo amenazante: «No hay, hoy, querida Z., odas para ti. No, no te mereces mis dulces palabras». Y Z. se echa a llorar, suelta la roja cabellera de leona y escribe su Cuaderno de Salzburgo en su inintelligi-

ble ale- mán. Así se venga de mí, y de todos. En el peor de los casos toma el tren y se va a Berlín, con los turcos. Entonces tengo que contentarme con su imagen. O peor, con la ausencia de su imagen. ¡Y es ahí cuando la totalidad penetra en mi cuarto de piedra!

¿Sabes tú algo de la gallina que empolla su huevo mentalmente? Lo dudo, incauto Escribonio. Tus dudas acerca de la totalidad son las dudas que tienes acerca de ti mismo. Tu incapacidad para amar es tu propia incapacidad para empollar la realidad.

¡En casos como éstos son preferibles los turcos o los árabes!

4

Primera salida a Munich: en el tren que va de Tutzing a Karlplatz. Dos señoras suben en Possenhoff y conversan todo el tiempo. Una de ellas, cada vez que el conductor anuncia la estación, repite el nombre de la estación, sonriendo, como si advirtiera de algo. Pronunció el nombre de las siguientes estaciones:

Mühlthal,
Gauting,
Stockdorf,
Planegg.

Entonces calló y no dijo nada hasta que anunciaron Westkreuz. Dijo entonces consecutivamente:

Westkreuz,
Pasing,
Laim.

Cuando dijo Laim se le humedecieron los ojos. Luego su amiga le dijo señalando por el cristal: «Hackerbrücke», y ella asintió sonriendo: «Hackerbrücke». La amiga se quedó en Hauptbahnhof. Un minuto antes de llegar a Hauptbahnhof se tomaron las manos y se dijeron frases afectuosas, repitiendo con fervor contenido: «Danke, danke». («Gracias, gracias».) O tal vez mis oídos me engañaron y era: «Denke, denke». («Piensa, piensa».)

5

¡Hijo de mi alma! La vida te ha situado nuevamente en una situación difícil. Pero sé que vencerás. Yo también vencí en su momento justo, luego recibí tres golpes terribles -el último: ¡esta triste menopausia que atenaza mi existencia!-. Pero todavía estoy aquí, vivita y coleando, con parte de mis fuerzas intactas. ¿Qué madre no permanece hasta el final con las fuerzas intactas?

¡Te dije que alguna vez te contaría un secreto! Pero no ha llegado la hora. Mientras, añoro mis pollos de siempre, una cesta de huevos colorados me haría feliz, un cafecito por las mañanas y que tu padre no beba como un beodo.

Acá las cosas no mejoran, eso que llaman «pueblo» se ha vuelto más ladino que nunca, se entromete en mis asuntos y coopera para que jamás se realice mi antigua idea de ir a vivir al campo. ¡Menos mal que tú huiste del pueblo, de la Patria, querido hijo, yo no, yo ya soy vieja para poner pies en polvorosa, mucho menos con esta collera que me atenaza la cervical en medio de la horrible ciudad en que se ha convertido La Habana!

¿Te acuerdas del poema «La balada de la madre de Stalin»?:

Hijo mío, yo que fui sólo vida
te he dado el amor de la muerte.
Naciera de la prehistoria la suerte

que por la furia de la masa enfurecida sacude la cumplida historia.

¡Qué versos, hijo mío! ¡Como si los hubiera escrito yo misma! ¿Dices que te gusta viajar en tren? A mí también me gustaba hacerlo, de niña iba a decirle adiós a un trencito que pasaba cerca de la casa. ¿Y cómo no recordar el tren en que nos fuimos a La Habana huyendo de la mediocridad de aquellos campesinos bobos y famélicos que miraban nuestro tren como si fuéramos parte del paisaje?

Paisaje... Hablando de paisaje, ¿te gustan los paisajes? A veces sueño con paisajes helados, horrorosos. Viene una ola helada, grande, y sepulta el país. ¿Lo merece el país? Lo merece el país. Nos hemos portado mal, querido hijo. ¿Cada país no tiene lo que merece? ¡Pues merecemos el agua, el agua espantosa, que lo cubrirá todo! Así como merecemos los gobernantes que hemos tenido, y los que tendremos, merecemos la invasión de agua.

Un día tu madre escribirá una novela. La titularé así: La invasión de agua por todas partes. ¿No hablaba un tal Piñerón de «la maldita circunstancia del agua por todas partes»? Pues yo, querido hijo, esta que está aquí, irá mucho más lejos: hablaré de la Invasión de Agua por todas partes.

Pero mi Invasión de Agua no tendrá efectos topográficos. Tendrá, más bien, efectos mentales. Allí, querido hijo, en la cabeza, es donde suceden las más terribles invasiones. ¿No decía tu tía Juanita cuando se moría que nadaba en una corriente oscura y gelatinosa? ¿No pataleaba y se orinaba de miedo? ¿No gritaba: «Páralo, páralo que me lleva, mamita mía»? ¿Qué había que parar? La Ola de Agua. ¡Eso, estoy segura, es lo que había que parar!

6

Situación. Un hombre decide irse a vivir a un tren. El hombre hace su vida en el tren. Se hace famoso, se deja crecer la barba, su vida se desenvuelve en pliegues inesperados y lleva un Cuaderno donde anota pormenorizadamente su vida en el tren. Nadie soporta a ese hombre que, con cierta malicia en los ojos, escribe para sí mismo y no deja de mirar a los demás mientras escribe, mientras se desarrolla su vida en el tren.

7

Cita para las cuatro de la tarde con un escritor de Feldafing. Cornelia, traductora de la casa, me acompaña. Nos recibe el escritor. Tiene alrededor de setenta años y se bambolea como una oca. Se quita y se pone un sombrerito con una pluma. Cornelia me traduce lo que puede. Le pregunto al escritor qué poesía hace.

Se me queda mirando, luego mira a Cornelia, que traduce:

—Él no hace poesía.

—A veces se asoma a la ventana y las nubes vuelan a ras del suelo.

—O ve un árbol con la cabeza colgando.

—Dice que lo que dice no es poesía.

—A él no le gusta la poesía.

—Él no es exactamente un poeta.

—En el mejor de los casos, es un filósofo.

—Pero tampoco es un filósofo.

—A él no le gusta pensar.

—Pensar no lleva a nada.

—Es mejor tener la cabeza vacía.

—Y como tiene la cabeza vacía, mejor llámelo Filósofo, así, con mayúsculas: Filósofo de la Cabeza Vacía.

Le digo al Filósofo que Cornelia recuerda versos suyos. Cornelia recita unos versos.

El Filósofo levanta una mano y la mueve en el aire, como para espantar una mosca, entonces recita los mismos versos, los hace más largos y los sacude al final con una elevación nasal.

Cornelia me explica que habla de bosques, de una mujer, del sonido del agua, del paso del tiempo...

El Filósofo se pone el sombrero, se lo quita, la pluma se mueve en el aire, señala una acuarela en la pared: un pez plateado.

—Dice que es su juventud.

Añade:

—Ida.

Va a su cuarto y vuelve con un cuaderno de tapas pesadas, hace correr todas las páginas de golpe:

—Su filosofía.

—Toda -y golpea el mamotreto con los nudillos, como si hiciera sonar un pequeño tambor.

Cornelia me explica que hace veinte años el Filósofo publicó unos fragmentos en una revista local: *El murciélago loco*.

Le pregunto al Filósofo si le gusta Heidegger.

Niega rápido con una mano:

—Heidegger, no.

—Albert Schweitzer, sí.

—Aunque Albert Schweitzer ya no tanto.

—Uno se va quedando solo.

—Dice que un día se irá a África, como Albert Schweitzer.

—Pero no a cuidar enfermos.

—A él no le gusta cuidar enfermos.

—No se ha ido a África porque en África hace mucho calor.

—No le gusta el calor.

—El calor no es bueno para las imágenes.

—Las imágenes se pudren en el calor.

—No hay imagen que aguante más de 30 grados, señor mío.

Se pone el sombrerito, se lo quita, señala el bosque:

—Los árboles no dejan ver el bosque.

—Ha terminado la reserva de imágenes.

—Las imágenes se han ido o se han destruido.

—Algunas se fueron a California y allí vivieron un tiempo.

—Otras se fueron a Australia, pero fueron acabadas.

—Posiblemente queden algunas en el Himalaya.

—Aunque no se refiere a los santones tibetanos.

—Los santones tibetanos aún están atrapados en las imágenes.

—Al menos los caníbales saben qué hacer con las imágenes.

—Tienen una idea clara respecto a ellas.

—No son depredadores de imágenes.

—Son constructores de imágenes.

—Cuando comen, construyen.

—Lástima que sólo hagan parte del proceso.

—Son como los niños, tienen buenas intenciones pero no las cumplen totalmente.

—No basta con comerse a un hombre.

—No basta con sacarle los ojos a un gato.

—El problema sólo empieza ahí.

—Aunque hay que reconocer el mérito.

—Hay que ver lo que hacen los niños y los caníbales con la metafísica.

—Los chinos y los árabes algún día se encargarán de los occidentales.

—No asistiremos al festín.

—Devorarán a los occidentales.

—Así, literalmente: los devorarán.

—Luego habrá que acabar con los chinos.

—Y con los árabes.

—Se suponía que los rusos acabarían con los chinos.

- O los americanos.
 - Pero mire lo que les ha pasado a los rusos.
 - Y a los americanos.
 - Tal para cual, señor mío.
 - ¿Qué han hecho los americanos con la luna?
 - La imagen que han construido de la luna da pena.
 - Esos hombrecitos saltando como peleles.
 - Esos saltimbanquis del sueño.
 - Ese poblamiento inconsistente de lo despoblado.
 - Quién no lleva su Cuaderno en estos tiempos.
 - Hasta el viejo Goebbels llevaba el suyo.
 - Te va a leer algunos de los aforismos que ha escrito junto al lago.
 - Se va a la orilla del lago y los escribe.
 - Primero se come una salchicha, y luego los escribe.
 - «El Logos es un animal cansado.»
 - «Pero no vale la pena pensar en eso.»
 - «Un árbol y otro árbol no hacen un bosque.»
 - «Siete árboles tampoco.»
 - «Pero no vale la pena pensar en eso.»
 - «La frase “ganso salvaje” no es un ganso salvaje.»
 - «Pero tampoco vale la pena pensar en eso.»
- El Filósofo cierra el Cuaderno, cierra los ojos y se queda dormido.